



## CAPITULO XXIV

### Desenlace.

**P**ASARON algunos años, sobre los cuales nos aconseja la prudencia correr un tupido velo. El otoño pasaba de largo, cubriendo al mundo con un tinte suave de tristeza, propiedad de todo bien que acaba y de toda ventura y placer que desaparece: las flores se marchitaban, los árboles se cubrían de palidez, sus hojas caían al suelo arremolinadas por el viento; la luz del sol se debilitaba; las nubes del invierno volvían á enseñorearse del horizonte, y las almas sensibles experimentaban un sentimiento de melancolía al ver pintado en la naturaleza la imagen de su vida. Pasa la juventud rápidamente, huyen los encantos con los días de la mocedad; sécanse las ilusiones cual si fueran flores de la imaginación; se debilita la inteligencia; pierde su brillo la memoria, y lentamente se apodera de la vida el frío de la ancianidad, cubriendo de ca-

nas nuestras cabezas, como cubre el invierno de blanca nieve la cima de los montes.

Estas secretas analogías de la naturaleza con la vida humana las percibe el alma contemplando las obras de Dios, y desaparecen á sus ojos cuando contempla las obras del hombre. Por eso las experimenta el campesino en su pajiza choza, y no las siente el magnate bajo los dorados techos de su artístico palacio; por eso las percibe el hombre fuera de los poblados y las pierde de vista al entrar en ciudades populosas.

Así reflexionaba consigo mismo un modesto religioso que acababa de desembarcar en el puerto de Barcelona y atravesaba muy temprano las solitarias calles de la ciudad condal, que se llenaban de gente cuando desaparecía el frío de la mañana, intenso por demás en aquellos últimos días de Noviembre. Vestía el humilde y austero hábito de los hijos de San Francisco, ceñido á sus lomos por una blanca cuerda: tenía bastante crecida la barba, y tan rubia que parecía de hilos de oro. Con su aire modesto y sus ojos bajos pasaba sin fijarse por delante de las maravillas que encierra la capital del principado como un hombre que tiene arraigado en su corazón el desprecio á lo terreno.

Entró en la calle de Gerona, y al lle-

gar al punto en donde desemboca la de Caspe, quedóse parado ante una iglesia de severa y elegante arquitectura, musitando:—Esta debe ser.—Entró y halló expuesto el Santísimo, y delante de El, tras la hermosa verja que separa la clausura del resto del templo, á cuatro religiosas reparadoras, haciendo la guardia de honor á Jesús Sacramentado. Hizo una breve pero fervorosa oración y se dirigió al torno, donde llamó á la madre Superiora. Lo que habló con ella no importa saberlo.

Cinco minutos después se abrían las puertas del recibidor, donde esperaban de pie y con ansiedad dos religiosas, con las cuales entabló este diálogo:

—La paz de Dios y el amor de su divino Hijo reine en vuestros corazones.

—Y también en el de V. R., buen Padre.

—¿Me conoces?

—Yo sólo para servirle, dijo una.

—Y yo temo equivocarme,—dijo la otra temblando.—¿De dónde viene V. R.?

—De Francia.

—¿De dónde es natural?

—De Andalucía.

—¿Conoció allí V. R.?

—Conocí á la Amante de la Virgini-

dad.

—¡José! ¡José! ¡Qué dicha!

—¡Inés! ¡Inés! Vengo á cumplirte la palabra que te dí de vernos una vez en la tierra antes de marcharme al cielo.

—¿Y vas ahora á visitar la familia?

—¡No! Voy á las misiones de la Océania, donde espero conseguir la palma del martirio.

—¿Tan lejos, hermano mío?

—Sí; Dios me manda iluminar aquellas pobres almas con la luz de la fe, y enseñarles á amar la celestial gloria, y á darles á conocer á nuestro amantísimo Salvador, que no conocen todavía. En esta grande empresa necesito el auxilio de tus oraciones y he venido á pedirte.

—Cuenta siempre con mis oraciones y con mis lágrimas.

—Mucho te debo, hermanita mía, y espero deberte la conquista de muchas almas para Dios. Ten siempre presente que Dios nos ha destinado á vivir eternamente ¡juntos en la mansión de los conciertos inefables, allá en el coro de las vírgenes sin mancha; y cuando te venga la grata nueva de mi muerte, dirige tus plegarias al cielo para que Dios me saque pronto de la mansión donde se purifican las almas de los difuntos que mueren en su gracia.

—¿Y tardarás mucho en marcharte?

—Hoy mismo, después del medio día, se pone el vapor en marcha.

—¡Oh, cuánto te agradezco esta última visita! ella mantendrá vivo en mi corazón el puro y santo afecto que desde niños nos hemos profesado. ¡Qué dicha la de las almas que se aman en Dios, por Dios y para Dios! Si no es imprudencia mía, recibe este escapulario, bordado por mi mano.

—Toma tú, en cambio, este rosario que para tí he venido haciendo por el camino; y no perdamos tiempo, que me queda muy poco, y quiero hacer en tu compañía una hora de oración delante de Jesús Sacramentado.

Inés y José se cambiaron aquellas prendas que habían de servirles de perpetuo y último recuerdo; ella marchó á relevar á la hermana que estaba haciendo la corte á la Divina Majestad, y él se encaminó á la iglesia y se arrodilló tocando á la reja. Empezaron su oración, que fué profunda y deliciosa, como la oración de los justos: parecían dos ángeles del cielo ó dos santos de la tierra; y cualquiera que los hubiera visto, creería que se habían renovado aquellos tiempos venturosos en que San Francisco y Santa Clara oraban en un mismo altar, ó aquellos días memorables en que San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús caminaban juntos por las ciudades de España.

Los "Amantes de la virginidad" ora-

ban juntos por última vez: él con el rostro encendido; ella absorta y como extasiada. Llegó á tanto su profundo recogimiento, que no sintió la salida de José, y cuando después de dos horas volvió en sí y lo buscó con la vista, él se hallaba ya en el vapor que había de alejarlo para siempre de la tierra que le vió nacer. Una hora más tarde la soberbia nave zarpaba con rumbo hacia Manila. El P. José, pues así debemos llamarle, contemplaba desde la popa las alturas del Montjuít, y cuando las perdió de vista despidióse para siempre de su amada patria.

Cruzando mares embravecidos, golfos y estrechos peligrosos, íbase internando el vapor por las costas africanas, y después por las de Asia, y luego por los dilatados mares de Oceanía. Llegó, por fin, á Manila, y allí embarcóse de nuevo el P. José con dirección á las islas Carolinas, y se estableció en el Archipiélago de Trufo, célebre por la ferocidad de sus habitantes. Echó en aquellas remotas islas los fundamentos de su misión, llevando una vida verdaderamente apostólica. Convirtió en poco tiempo la tribu de matadones, y de ella hizo una cristiandad floreciente.

No contento con esto, abandonó una tarde la misión para internarse en las selvas, buscando almas para Dios; lle-

vaba su breviario en una mano y en la otra una gran cruz que de báculo le servía, y llegó hasta el río que sirve de frontera á la tribu de Matahones. Pasaron tres días sin que el P. José volviera á su residencia. Temiéndose un desastre, salieron en su busca dos hermanos, y después de un día de camino lo hallaron tendido debajo de un árbol, el pecho, atravesado por las flechas del salvaje, con la cruz sobre sus labios y el breviario sobre el pecho, abierto por la misma página en que comenzaba el oficio de difuntos.

Los hermanos derramaron una lágrima de dolor, besaron aquellos pies encallecidos por los caminos que anduvieron en las predicaciones evangélicas, y de repente, iluminados con luz de lo alto, deponen todo sentimiento, celebran sus exequias con un *Te Deum* y escriben su nombre en el catálogo de los mártires de la Orden. Cogen el cuerpo del mártir, y lo sepultan con toda reverencia al pie de un árbol gigantesco, en cuyo tronco grabaron la señal de la cruz y debajo de ella el siguiente epitafio.

*“Aquí yace el Amante de la Virginitad, R. P. José de Valdelirios, conde del mismo título en España, y primer mártir de estas misiones católicas.”*

Rodearon después su sepultura de plantas aromáticas, y al cabo de pocos

meses se observó el extraño fenómeno de que un blanco lirio, flor impropia de aquel ardoroso clima, había nacido sobre el sepulcro. Escarbaron á ver de dónde procedía su raíz y hallaron con asombro que nacía del corazón del P. José. No es extraño que la flor, símbolo de la pureza, hubiera nacido de un corazón virgen y *Amante de la Virginitad*. Así terminó su gloriosa carrera aquel noble hijo de Andalucía.

Inés supo por revelación todo cuanto pasó á José, y dando gracias al cielo, ambicionó para sí la misma dicha; pero sobre todo la dicha de que se pudiera grabar en la piedra de su sepulcro este singular y raro elogio:

*Aquí yace otro Lirio de Pureza.*

—¿Y qué ha sido de los otros personajes de nuestra historia? La Condesa y doña Fernanda murieron con la muerte de los justos.

Concepción y Jacinto contrajeron matrimonio, y han propagado la noble descendencia de los condes de Valdelirios, que estuvo á punto de perecer con la muerte del P. José.

Carmen se ha conservado soltera y vive contenta en su casa, siendo el consuelo de Agustín y el báculo de su vejez.

Fernandín sigue la carrera eclesiástica; pronto será Sacerdote, y ofrecerá á Dios el sacrificio incruento por el alma

de su madre, según me ha dicho él mismo.

Inés brilla hoy por santidad en el firmamento de la Religión de María Reparadora, como una estrella de primera magnitud, y quizás otra pluma más bien cortada que la mía, tenga que ocuparse en escribir su santa vida.

Yo me contento, lector amado, con haber presentado\*á tus ojos los tropezones que dió en su camino para que sepa evitarlos; los lazos que el mundo y el demonio le armaron, para que á imitación suya sepa librarte de ellos; y la lucha que sostuvo contra todos los enemigos de su vocación, de los cuales triunfó completamente por un milagro de la gracia; y espero que esos ejemplos te serán provechosos, si Dios por su divina misericordia te llama al estado religioso.

Una cosa te encargo, antes de terminar, á tí que esto lees; que si eres madre de familia, seas tan buena como la Condesa y doña Fernanda; si eres doncella, que seas tan modesta y recatada como Inés y Concepción; si eres doncel, que seas tan honrado y virtuoso como Jacinto y José; y si eres Padre, que ni por miras interesadas, ni por amor mal entendido, quites á tus hijos la vocación religiosa, si por dicha suya recibieron del cielo tan sublime don.



## APENDICE

COMO decíamos en la advertencia preliminar, cuando salió este libro á luz por vez primera, llevaba un prólogo harto largo, en el que se declaraba el plan de la obra y los motivos que hubo para escribirla. Ambas cosas, aunque escritas para obviar los reparos que sobre el libro pudieran hacerse, descorrían demasiado el velo desde un principio, quitándole interés á la narración.

Por esta causa se omitió en su lugar y lo ponemos aquí ahora, no como prólogo, sino como apéndice, para que mejor se conozca la mente del autor y su previa defensa á los reparos y objeciones que se le puedan hacer. Dicho prólogo, escrito con chispa y soltura, decía así:

“Has de saber, lector piadoso, que en las misiones que predico con frecuencia y en las muchas horas de confesonario que tengo cada semana, y á veces cada día, he averiguado, como

dos y dos son cuatro, que gran parte de la impiedad y de la corrupción de costumbres que hoy vemos y lloramos, no tiene otra causa que la maldita lectura de novelas amatorias é impías, donde se pinta el vicio con toda su desnudez asquerosa, ó se escarnecen las cosas más santas de nuestra adorable Religión, ó se da por lícita la satisfacción de las más viles pasiones, ó se hace á un mismo tiempo todo eso y mucho más. Viendo, pues, que ese torrente desmoralizador hace grandes estragos en el campo católico, sentí pena en mi alma, y quise poner una piedra en el gran dique que los buenos escritores están levantando frente á ese torrente desbordado para detener sus impuras y venenosas aguas; y esta piedra, llamémosla así, es la presente historia.

Y la llamo historia y no novela, porque los personajes que en ella figuran no son hijos de una imaginación delirante, cual los de las novelas románticas, sino personas de carne y hueso como tú y yo, sin otra mudanza que la de nombre; y además, porque los hechos que refero no son ficticios, sino reales, y algunos de ellos se han verificado en los mismos lugares que nombro. Esto me obligó á seguir un rumbo opuesto al de los novelistas cursis y adocenados, tomandó un camino contrario al de ellos,

puesto que pretendo ir al polo opuesto; y lo hice con tanto mayor gusto, cuanto lo es el placer que á veces experimento en hacer la contra á quien se lo merece. Así es que cuando comencé á escribirla me calé el capucho y dije para mí: "¿Los novelistas de tres al cuarto van por el camino del infierno? Pues yo tomaré el del cielo. ¿Ellos procuran quitar almas á Dios? Yo procuraré dárselas. ¿Ellos acaban su tarea por un suicidio ó un casamiento? Pues yo terminaré la mía por lo más opuesto que se conozca en el mundo al casamiento y al crimen. ¿Ellos pintan con los negros colores de la mentira y la calumnia, al "sacerdote avaro," al "religioso hipócrita," á la "monja fanática," que arrebatan á los hijos y á las hijas del lado de sus padres para encerrarlas en un convento y heredar después su riqueza? Pues yo pintaré con los colores de la verdad á esos seres aborrecidos del mundo impío, dejándolos en el lugar que les corresponde; y haré ver la insensatez, el egoísmo y la impiedad de los padres que preciándose de católicos, se oponen á que sus hijos escuchen la voz de Dios y correspondan á la gracia extraordinaria de la vocación religiosa.

"Vocación religiosa!" En el diccionario católico, significa esta palabra un llamamiento divino, que encierra uno

de los misterios más profundos de la humanidad. Cada cristiano tiene la suya propia, y ya sea ordinaria ó extraordinaria, ya le deje en el mundo ó le lleve al claustro, es preciso de todo punto seguirla, porque de ella depende nuestra felicidad ó desgracia, nuestro porvenir temporal y eterno. Por desgracia, los padres olvidan con demasiada frecuencia esta gran verdad; olvidan que respecto de sus hijos no son más que lugartenientes ó auxiliares de Dios, y que por lo tanto, su deber es dirigir y probar la vocación de los mismos, y fomentarla si es necesario, pero jamás combatirla, si no quieren hacerse reos ante el tribunal divino. Y este crimen horrible lo cometen muchos padres y muchas madres, que desconociendo ó despreciando los principios generales que gobiernan el mundo, contrarían la vocación de sus hijos é hijas, cuando no responde á sus cálculos egoístas ó á sus miras ambiciosas. Cuántos y cuántas, por esta causa han perdido la vocación, y como árboles en el desierto, se han secado en el mundo sin dar flores ni frutos, mientras que trasplantados al jardín del claustro hubieran dado flores de virtud y frutos de vida eterna.

Pues si tú, que esto lees, sientes en tu pecho esa inspiración divina ó esa voz del cielo que se llama vocación, ruégote

que sigas leyendo hasta el fin, porque para tí expresamente se escribió este librito. En él verás una vocación fuertemente combatida, pero al fin triunfante por un milagro de la gracia; verás los lazos que el mundo y el demonio tienden á las almas escogidas, para que sepas librarte de ellos; verás los tropezones que en su camino dió un alma llamada por Dios al claustro, para que tú sepas evitarlos; verás, en fin, empuñando palma de victoria y corona de triunfo á dos jóvenes, que por haberse amado como se aman los ángeles del cielo, merecieron llamarse "Lirios del valle ó amantes de la virginidad," que con este doble nombre los distingue la historia.

Y no vayas á creer por esto que el presente libro no es más que una novela mística, porque más que eso, es una novela de combate, en la que asestos sendos palos á cuantos malandrines encuentro al paso, ya representen el tipo del católico á medias, ya del impío descarado, ya del error vergonzante y solapado ó bien del vicio disfrazado con traje de virtud y de costumbres laudables. Ni me objetes, lector discreto, que es impropio de mi austero ministerio el ponerme á escribir novelas, porque te diré que la escribí en ratos perdidos y por vía de recreo, mientras descansaba de las tareas de un estudio serio ó de las

fatigas de la cátedra. Ni alegues en tu favor que muchos tienen por superficial al ministro de Dios que en tales cosas se ocupa, porque los que así hablan, tendrán que convenir conmigo en que las novelas han llegado á ser en nuestros tiempos un arma poderosa de combate. Es verdad que se ha escrito mucho en pro y en contra de ellas, y es innegable que son inmensos los estragos que han producido en la sociedad, corrompiendo las costumbres, extraviando las inteligencias y pervirtiendo los corazones, pero debemos confesar que el mal no está en las novelas, sino en el abuso que han hecho de ellas los escritorzuelos impíos y de baja ralea. Las armas son buenas en sí mismas, porque se hicieron para emplearlas en la defensa de buenas causas; el mal no está en que cuatro malvados abusen de ellas, empleándolas en tiranizar al débil ó en quitar cobardemente la vida al pobre indefenso. Otro tanto sucede con las novelas.

Y lo que me admira en este punto, es que siendo ellas, como son, armas de combate, no hayan hecho más uso de ellas los defensores de la fe y de la verdad, esgrimiéndolas contra el enemigo, que en ese terreno nos hace la más cruda guerra. Por eso no tengo por superficial, sino por conocedor profundo del corazón humano y por digno del aplau-

so de todos los buenos, al ministro de Cristo que maneja tales armas en defensa de la religión, ridiculizando los vicios, ensalzando las virtudes, moralizando á los pueblos, recreando los ánimos, cazando almas para Dios con el cebo novelesco que tanto agrada á la juventud liviana, y convirtiendo en tribuna católica ó en púlpito de misionero, las páginas de una novela, que han venido siendo por mucho tiempo cátedras de pestilencia y focos de corrupción. El mal no se destruye sino con la abundancia del bien, y ese grande mal que han causado y están causando las novelas obscenas é inmorales, no se puede disminuir sino con la abundancia de novelitas morales en que campee la belleza literaria sin la fealdad del vicio.

Y sin más ni más te dejo ya, lector piadoso y discreto, y si no eres piadoso ni discreto, peor para tí; pero sea lo que fueres, te dejo el libro en las manos con libertad para que lo leas si te gusta, ó lo sueltes si te desagrade, pues de lo uno y de lo otro se le dan tres caminos al

HIGO DE MI PADRE.

